

¿En manos de quién está la reproducción humana? Una crítica ecofeminista al problema de la población»



Anna Bosch*

APOLO.— También a esto voy a contestar, y entérate de que tengo razón.

No es la que llaman madre la que engendra al hijo, sino que es solo la nodriza del embrión recién sembrado. Engendra el que fecunda, mientras que ella solo conserva el brote—sin que por ello dejen de ser extraños entre sí—, con tal de que no se lo malogre una deidad.

Voy a darte una prueba de este aserto. Puede haber padre sin que haya madre. Cerca hay un ejemplo: la hija de Zeus Olímpico. No se crió en las tinieblas de un vientre, pero es un retoño cual ninguna diosa podría parir.

(*Las Euménides*, de Esquilo)

«Los expertos corrigen cifras y anuncian el fin de la explosión demográfica para el siglo XXI. Unos 8.000 millones de personas poblarán la Tierra en el 2050 y no 11.000 millones como se creía hasta ahora. (...) Las previsiones de los demógrafos que calculaban que habría entre 10.000 y 11.000 millones de personas en torno al 2050 (unos 8.000 millones en el 2020) han quedado seriamente en entredicho ante el descenso continuado de la tasa de natalidad en la práctica totalidad de los países». (*La Vanguardia* 9-11-96).

«Las alarmantes proyecciones de que la población se duplicaría a fin de siglo y llegaría a más de 11.000 millones son cada vez más remotas. Así lo asegura un estudio realizado con una nueva metodología desarrollada por el austriaco Instituto Internacional de Análisis de Sistemas Aplicados (IIASA)» (*El País* 15-9-96).

(* El presente artículo se basa en las reflexiones y trabajos realizados por el Colectivo «Les Petras» del cual soy miembro. Mi reconocimiento a Victoria Sau que al evidenciar el vacío de la maternidad me dio la clave para detectar lo que subyace tras el «problema de la población»; ella fue quien puso ante mis ojos las palabras de Apolo. Agradezco los comentarios de M^a Inés Amoroso y las valiosas aportaciones de Elena Grau de quien he recibido la autoridad necesaria para escribir este y otros textos).

Noticias como estas cada vez son más frecuentes en los medios de comunicación, que hace solo dos años —coincidiendo con la celebración de la Conferencia sobre Población y Desarrollo de las NN.UU. en El Cairo— nos alarmaban con frases tan contundentes como «bomba demográfica» y «explo-

¿En manos de quién está la reproducción humana?

sión demográfica». Se daba por supuesto que «el crecimiento demográfico es el problema más grave que la humanidad debe abordar», según rezaba el informe del Estado de la Población para 1988. Y nadie discurría que «En el año 2050, según la proyección más baja de las Naciones Unidas, la población mundial será de 7.800 millones de personas y en la proyección más alta se estima que la población será de 12.500 millones de personas» (NN.UU. 1994)

Poco a poco llegan hasta aquí estudios demográficos realizados en países cuyo crecimiento se situaba entre el 25 y 30 por mil anual y en los cuales se está produciendo un cambio drástico en las tendencias demográficas, especialmente en los nacimientos y en el número de hijos por mujer. A este respecto puede resultar muy sugerente el estudio del Profesor Abdelilah Yaakoub del marroquí Institut National de Statistique et d'Economie Appliquée, que analiza el comportamiento demográfico en tres países del Magreb: Marruecos, Argelia y Túnez. El estudio demuestra que a partir de los años sesenta en los tres países comenzó un proceso de transición demográfica caracterizado por la disminución de los nacimientos y de la tasa de fertilidad, una mayor esperanza de vida, la reducción de la mortalidad infantil, el retraso en la edad media de matrimonio, un mayor uso de los métodos anticonceptivos, el acceso de las mujeres a la educación y su participación activa en el mundo laboral. Resulta sorprendente que la realidad percibida desde la orilla norte del Mediterráneo sea tan diferente de aquella que muestran los datos empíricos y los estudios realizados por quienes viven en la orilla sur. Precisamente uno de los elementos desencadenantes de la Conferencia Euromediterránea impulsada por la UE, fue el miedo que provoca la población de la orilla sur, joven y más prolija, en los países ricos del Norte cuya población envejece y tiene una baja tasa reproductiva. Los verdaderos objetivos de la Conferencia Euromediterránea, al proponer un mercado mediterráneo, eran atajar el peligro que supone una supuesta presión demográfica del Sur empobrecido hacia el Norte rico. El problema se manifiesta por una parte en las corrientes migratorias que se desplazan en pateras hacia la península Ibérica, Italia, Cerdeña, Malta, o derriban muros en Ceuta y Melilla, las últimas colonias europeas en el norte de África; de momento Europa puede controlarlo, pero si la presión aumenta, previsiblemente, las pateras pueden lle-

gar a ser demasiadas y los muros demasiado débiles para ser contenidos. Por otra parte, ante el panorama de paro, pobreza, miseria y falta de esperanzas que tiene ante sí la juventud de los países árabes mediterráneos no es de extrañar que abracen el fundamentalismo islámico considerándolo un instrumento para mejorar sus condiciones de vida; el integristismo les permite, al menos, canalizar su odio hacia los países occidentales que expolían sus recursos y provocan miseria; ello explica —no justifica— la violencia del integristismo y el que muchos jóvenes sean carne de cañón del terrorismo dirigido a todo lo occidental. Mohamed Tozy (1995) expresó en su artículo de El País, el malestar que durante la Conferencia produjeron en la orilla sur estas constantes referencias a la «bomba demográfica» y al «peligro integrista».

Retomando al estudio de Yaakoub, este, además de demostrar que la transición demográfica en el Magreb es una realidad incuestionable, reafirma que la característica principal de la población magrebí hoy en día es su juventud y su alta potencialidad reproductiva pues casi el 50% de mujeres están en condiciones de ser madres. Lo más destacable de estas poblaciones no es ya un crecimiento exponencial, pues las gráficas descendentes a partir de los años sesenta demuestran lo contrario, sino que tienen capacidad biológica para un crecimiento exponencial. Lo que asusta a Occidente no es cómo estas poblaciones gestionan su capacidad reproductiva, pues vemos claramente que siguen unas pautas parecidas a las de la transición demográfica europea. *Lo que asusta en realidad es que disponen de un potencial reproductivo que no tiene y no puede tener la envejecida sociedad europea.* Este miedo resulta de considerar a la vez la masa de población magrebí como materia prima de la corriente migratoria Sur-Norte y como elemento funcional para la lucha del integristismo islámico contra Occidente. En esta última caracterización coinciden los miedos europeos con la visión de los integristas islámicos para quienes la población es un instrumento estratégico-militar y las mujeres son únicamente máquinas de parir en poder de los hombres.

El demógrafo Andreu Domingo (1994) señaló cómo la demografía es utilizada en la construcción de la fractura Norte-Sur en el Mediterráneo. La construcción del «otro» en tanto que diferente, desconocido, peligroso. «El resultado [de los estudios demográficos] suele ser utilizado para crear un cierto estado de

opinión, para hacer aceptable la aplicación de políticas adoptadas con anterioridad e independencia de la realidad demográfica que se supone las impulsa. La Demografía aporta el grado deseado de «cientismo» al discurso político, por medio del fetiche de su nombre, el recurso a sus técnicas de análisis y su capacidad predictiva. Es así como la Demografía pasa a ser una de las piezas esenciales en la construcción del futuro, de un futuro que previniéndose inquietante, conforma la actual división Norte-Sur y distorsiona nuestra intelección del presente, de un futuro lleno de espejismos». Criticó las previsiones demográficas realizadas para los países del Magreb por no haber previsto la importante disminución de la natalidad, de la misma manera que en el presente se continúan ignorando probabilidades de cambios sustanciales en la evolución de los diferentes fenómenos demográficos, y tomando por inmutables las constantes actuales. *«Es del todo plausible creer que las previsiones demográficas deberán continuar siendo revisadas a la baja en el futuro por lo que respecta a los países del Sur, disminuyendo de forma considerable las dimensiones de la supuesta «bomba demográfica».* Parece ser que la realidad le ha dado la razón. En la citada noticia aparecida en *La Vanguardia*, se pregunta el periodista: «¿Qué ha fallado? En principio los estudios elaborados hace unos cinco o seis años estaban bien planteados. Sin embargo, lo que se conoce como «márgenes de la incertidumbre» —es decir, la imposible predicción de guerras, epidemias o movimientos migratorios— han trastocado los cálculos basados en la evolución de la natalidad». Se pregunta también por las razones que explican la baja de la tasa de fecundidad de las mujeres chinas, indias o brasileñas, y encuentra respuestas relacionadas con la política antinatalista del gobierno chino, o el desarrollo económico en la India y Brasil. «Pero resulta más complicado, en principio, determinar las razones del descenso de la natalidad de países pobres, como Bangladesh, o en naciones muy tradicionalistas, como Irán, Siria y Jordania». Es una pregunta difícil de responder desde una visión que no tiene en cuenta los deseos y estrategias de las mujeres. Pero así y todo, es importante que se llegue a plantear. Volvamos ahora al caso mediterráneo.

La creación de un mercado regional presentada en la Conferencia Euromediterránea, aun con todas sus limitaciones, desequilibrios y desigualdades, parece un medio más inteligente para abordar la creciente tensión entre las dos orillas que no la imposición de políticas antinatalistas a costa de los presupuestos

de los países del Tercer Mundo —ya esquilados por las exigencias del Fondo Monetario Internacional—, tal como se aprobó en la Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo. Resulta más inteligente intentar incidir en el reparto de los recursos, porque la tensión entre ambas orillas no puede ser consecuencia del desequilibrio poblacional considerado favorable al Sur. De los 400 millones de seres humanos asentados a orillas del Mediterráneo, Europa (oriental y occidental) con 242 millones de habitantes tiene el 60% del total de la población de esta región, mientras que la población del Magreb más la del Próximo Oriente suman 158 millones de habitantes, es decir solo el 40% del total. En cuanto a la densidad de población, de los seis países mediterráneos más densamente poblados, cuatro son europeos: Malta, Italia, Albania y Francia. En números absolutos, los países más poblados de la región son por orden: Turquía, Egipto, Italia, Francia, España y Argelia. Los cuatro países con un crecimiento demográfico anual más alto de la región son Israel (4,7 %), Siria (3,8 %), Libia y Jordania (3,4 %), pero todos ellos suman solamente 34 millones de habitantes, el 8,5% del total mediterráneo. A continuación siguen los países del Magreb más Egipto cuyas tasas de crecimiento están entre el 2 y el 2,7 % anual y cuya población total es actualmente de 129 millones, el 32% del total de la región. Recordemos que en el Magreb el proceso de transición demográfica comenzó en los años sesenta.

Hemos visto cómo se distribuye la población en la orilla del Mediterráneo. Veamos ahora como se distribuyen los recursos. Los países con más PNB por habitante son, por este orden, Francia, Italia, España, Israel, Chipre y Portugal. Solamente Israel no es europeo, pero representa un caso aparte en Próximo Oriente dada su vinculación histórica y económica a EEUU. Al contrario, los seis países con menos PNB por habitante son de mayor a menor: Túnez, Líbano, Jordania, Marruecos, Siria y Egipto, todos ellos situados en Oriente Próximo y en el Magreb. La diferencia entre el país más rico, Francia y el más pobre, Egipto, según el PNB por habitante, es de 22.320 US\$ a 630 US\$, una relación de 35/1. Comparando el promedio del PNB por habitante entre los seis países más ricos y los seis más pobres, la relación es de 13/1. Tomando el PNB como indicador de consumo, el que unos países consuman trece veces más recursos que otros no tiene que ver con la cantidad de recursos naturales de los que dispone cada país, ni con

¿En manos de quién está la reproducción humana?

su densidad de población, sino con su capacidad económica y técnica para obtenerlos.

La definición de pobreza aplicada a los países del Sur en el discurso neomalthusiano es errónea en la medida que se entiende como «falta de recursos naturales suficientes en un territorio para la población en él asentada», cuando lo adecuado sería llamar pobreza a «la dificultad de los pobladores de un territorio para acceder y poder beneficiarse de los recursos naturales existentes en su territorio y en toda la Tierra». Pues la relación entre población y recursos en todo el mundo está mediatizada por la economía de mercado. Es una falacia relacionar la población mundial con los recursos mundiales sin tener en cuenta que los recursos mundiales se trasladan de un lugar a otro del planeta mientras que las poblaciones tienden a permanecer en sus territorios de origen. Nunca en la historia de la humanidad, la movilidad de los recursos —que es la condición básica para la llamada «economía mundo»— había sido tan grande. Y, paradójicamente, el fenómeno migratorio entre regiones del planeta, no vinculado a situaciones de guerra o violencia se halla muy contenido, pese a que las poblaciones pobres intentan seguir el itinerario de los recursos en dirección Sur-Norte. Aquí puede resultar clarificadora la teoría de Dasmann (citada en Tewolde Berhan, 1995), según la cual la humanidad se divide en dos categorías, los pueblos de ecosistema y los de biosfera: los primeros obtienen los recursos para atender sus necesidades de las propias regiones, o sea de los ecosistemas de los que forman parte; los segundos tienen acceso a cualquier recurso existente en el planeta, es decir que la biosfera está a su disposición. Siguiendo con este planteamiento, se definen como pueblos de biosfera el conjunto de ciudadanos de los países industrializados y las élites dirigentes de los países en desarrollo, mientras que los pueblos de ecosistema están formados por la mayoría de ciudadanos de los países en desarrollo. Obviar esta realidad cuando se relaciona la población mundial con los recursos disponibles, y más si ello se plantea desde una posición supuestamente ecosocialista, es caer en la trampa de un sistema de mercado que se manifiesta claramente ineficaz para repartir equitativamente los recursos del planeta de manera sostenible.

No hay argumento alguno para afirmar que la diferente capacidad de acceso a los recursos en las dos orillas del Medi-

terráneo sea consecuencia de las diferentes tasas de crecimiento demográfico, que en los países de la orilla sur son muy superiores a las de los países de la orilla Norte. En cambio podemos ver que el comportamiento demográfico varía al cambiar las condiciones socioeconómicas, de manera que el mayor acceso a los recursos, especialmente por parte de las mujeres, se corresponde con una disminución de la natalidad. Y, a la vez, la dificultad de acceder a los recursos se corresponde con un aumento de la natalidad. Estrategias de supervivencia en ambos casos. En el Norte, el nivel de consumo considerado imprescindible para una vida digna es tan alto, que los hijos resultan demasiado caros tanto en tiempo (atender sus necesidades físicas y afectivas y trabajar para mantenerles) como en dinero (ya que las posibilidades de ingresos son limitadas en cada unidad familiar, mayor número de niños supone menos recursos por persona). En el Sur, la inexistencia de seguridad social para la vejez en unas situaciones de pobreza y/o miseria, solo puede cubrirse trayendo al mundo el máximo número posible de hijos; así aumentan las posibilidades de obtener comida y atenciones cuando no puedan valerse. Ambas estrategias de vida son racionales e inteligentes, y se adaptan a la realidad socioeconómica. Lo que no es racional ni inteligente es la manera en que el mercado asigna los recursos a las poblaciones.

El diferente grado de acceso a los recursos tiene que ver, en cambio, con las formas de organización social y con la manera en que se reparte socialmente el poder, con las tecnologías que facilitan la extracción de los recursos, y con la disponibilidad económica que determina el grado de incidencia en el control del mercado. Si el mercado es el instrumento a través del cual los recursos pasan de los territorios de origen a los de consumo, y el mercado está controlado por el sistema financiero, quienes controlan el sistema financiero adquieren la prioridad de acceso a todos los recursos del planeta. Por tanto, la situación de preferencia en el mercado internacional que tenga cada país determinará su capacidad de acceso a todos los recursos del planeta, y en primer lugar a los que están situados en su ecosistema. Que haya países africanos donde la hambruna es epidémica y, en cambio, tengan las mejores tierras destinadas a cultivos para la exportación, da la medida de hasta qué punto los países de ecosistema llegan a no poder disponer de sus propios recursos.

Un ejemplo puede ilustrar la desigual relación entre población y recursos; se trata de comparar Marruecos y España. La población del Estado español es 1,4 veces mayor que la marroquí, mientras el PIB es 18,5 veces mayor en España; el resultado es que la renta por habitante en España es 13,2 veces mayor que la de Marruecos. Hay que tener en cuenta además que la densidad de población española es 1,2 veces más alta que la marroquí, aunque tal diferencia podría compensarse por el hecho de tener Marruecos mayor extensión de territorio desértico que España. Si el problema que nos preocupa es la presión de la población sobre los recursos, debiéramos convenir en que para equiparar la presión sobre los recursos ejercida por los marroquíes a la de los españoles habría dos alternativas: que los españoles congelaran el crecimiento demográfico y redujeran su renta de 13.683 US\$ al año a 1.042 US\$ al año, o que los marroquíes mantuvieran su nivel de renta pero multiplicaran su población hasta llegar a 362 millones de habitantes. Llegados a este punto podríamos comenzar a hablar aunque fuera solo en comparación a España, de un problema de sobrepoblación en Marruecos. En el momento que estamos ahora solo podemos hablar de un problema de sobreconsumo en España. Obviamente, ambas alternativas no son ni posibles ni deseables, solo evidencian la falacia de considerar el crecimiento demográfico como la causa principal de la pobreza de los países del Sur. El crecimiento demográfico no es la causa sino la consecuencia de la pobreza en estos países. A la vez se evidencia que la población no es la única variable que incide sobre los recursos. La tecnología y el consumo son tanto o más importantes, especialmente este último, pues las tasas de consumo son las que explican cómo el 20% de la humanidad que habita en los países del Norte consume el 80% de los recursos mundiales, mientras el 80% de los seres humanos, habitantes del Sur, solo consumen el 20% restante. Esta sencilla ecuación muestra claramente que la presión sobre los recursos del planeta la ejerce principalmente la población rica y, por tanto, si en favor de las generaciones futuras se quiere disminuir esta presión, hay que incidir directamente allí donde radica el problema: en los niveles de consumo de la población rica y no en el aumento de la población pobre.

No se trata de negar que la población que vive en condiciones de pobreza o extrema pobreza, al aumentar en número

presionan dramáticamente sobre el ecosistema en que viven y del cual previamente los países de biosfera ya han extraído la mayor parte de recursos existentes, o bien estos recursos se encuentran «segregados» de la población autóctona, en manos de compañías extranjeras que los destinan a la exportación. Estos pueblos no disponen de recursos financieros ya que ni siquiera han recibido una compensación económica adecuada al valor de los recursos extraídos, y por tanto, tampoco pueden abastecerse en el mercado internacional adquiriendo recursos de otros ecosistemas. En estas condiciones, la población autóctona, a la desesperada, no tiene otra opción que desbrozar bosques para buscar tierras de cultivo, criar ganado que acaba desertizando la zona, talar bosques para proveerse de combustible y cobjarse, o cazar especies protegidas que serán compravendidas ilegalmente en el mercado internacional. El drama que viven actualmente los pueblos afincados en los Grandes Lagos centroafricanos, se enmarca y tiene sus raíces profundas en esta injusta realidad. Oigamos la voz del físico Pierre Ruterana, hijo de padre hutu y madre tutsi, afincado en París e investigador del CNRS, cuya familia ha sido exterminada: «El martirio actual es una guerra económica entre europeos y americanos. Se disputan riquezas mineras: uranio, diamantes, oro, de todo. Esta zona de Zaire es lo más rico de África después de Sudáfrica. (...) Había una convivencia. Los hutus eran gente del campo, los tutsis tenían ganado: había conflictos por la tierra y la «aristocracia» en ambos bandos como en cualquier sitio, pese a que los tutsis habían tenido tradicionalmente el poder. Pero esto fue antes de que empezaran a entrar grandes cantidades de armas». (La Vanguardia 13-11-96)

Algunos ecologistas llegan a aceptar que el problema clave del desequilibrio población-recursos es el consumo ilimitado de los países ricos, pero no creen posible actuar sobre esta variable, controlada por el mercado, que es a la vez, condición indispensable para la autorreproducción del sistema económico. Incidir en ella supondría substituir el objetivo de máximo beneficio económico inmediato por el de satisfacer las necesidades básicas de la población actual sin poner en peligro la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras. Como ello no es posible sin limitar los beneficios económicos de aquellos a quienes más beneficia el sistema, algunos que se definen ecosocialistas (Sarkar, 1990) reconocen su impotencia a corto

¿En manos de quién está la reproducción humana?

y-medio plazo. Mientras tanto, nos dice, hay que pactar para ganar tiempo. *¿Qué hay que pactar?* Detener el crecimiento de la población que más crece. A diferencia del mercado que le parece inmutable, considera la población una variable fácilmente manipulable en la cual se puede incidir sin cambios en la economía ni en la estructura de poder. Ya desde los años 50 se han demostrado factibles las políticas antinatalistas aplicadas en América Latina y el sudeste asiático, en China o en la India... (Strobl, 1994) *¿Con quién hay que pactar?* Con quienes tienen en sus manos el poder económico y político a nivel mundial, entre ellos las instituciones de Bretton Woods, especialmente el FMI y el Banco Mundial, que en sus cincuenta años de funcionamiento han adquirido una larga práctica en la imposición de políticas antinatalistas a los países pobres. Tales políticas han sido paralelas a las políticas económicas que generaron la gran hipoteca de la deuda externa y los correspondientes ajustes económicos posteriores que tantos estragos están causando a nivel social. *¿Quiénes pactan?* Los ecosocialistas o ecologistas neomalthusianos, convencidos de la peligrosidad del conflicto recursos-población, y de la necesidad de «desactivarlo» urgentemente al precio que sea. *¿Tienen las mujeres voz y/o voto en este pacto?* Dejemos planteada la pregunta.

Con este pacto se trata de estabilizar la presión que ejerce el 80% de la población mundial sobre el 20% de recursos naturales, de manera que el único aumento hipotético de esta presión pueda venir solamente de la variable consumo. Mientras tanto, el 20% de la población mundial continuará consumiendo a ritmo creciente y presionando sin ningún límite sobre los recursos desde la variable consumo. Suponiendo que la aplicación de políticas de control de población tuvieran éxito, se conseguiría que el 80% de la población mundial situada en el Sur, no superara el actual límite de consumo del 20% sobre los recursos totales del planeta. De esta manera se estabilizaría durante un tiempo la desigual e injusta distribución actual, pero ello no serviría para mejorar sustancialmente la explotación y consumo de los recursos del planeta, ya que la presión realmente peligrosa y creciente la ejerce el 20% de la población mundial que vive en el Norte, estabilizada en su crecimiento pero creciente exponencialmente en su consumo. Las políticas de control de la población del Sur son en cambio eficaces para evitar que la población pobre del mundo presione

sobre el reparto desigual de los recursos del planeta. Estas políticas pretenden evitar que exploten situaciones como las del Zaire, Uganda, Ruanda y Burundi donde están en peligro de muerte millones de personas, y, sobre todo, porque estas muertes remueven las conciencias de los occidentales que se preguntan por las causas de tales tragedias. Puede resultar peligroso para el «nuevo orden económico internacional» que sus usuarios concluyan que algo grave falla en él. Claro que, por ahora, el argumento de que los pobres son pobres porque son demasiados, aún sirve para justificar su pobreza ante nuestros ojos. Afirmaciones tan falsas y ampliamente difundidas como esta de Jesús Mosterín (1994) contribuyen a ello: «La explosión demográfica es la principal causa de la miseria y el hambre en el mundo, así como del creciente deterioro ecológico del planeta, por no hablar de enfermedades y guerras civiles (como la de la superpoblada Ruanda)». Si no pudiéramos culpabilizarles a ellos de su desgracia, nos veríamos obligados a buscar las verdaderas causas que la provocan, y podría evidenciarse entonces la otra cara del sistema económico, es decir, la relación de causa efecto entre nuestra riqueza y su pobreza.

¿Por qué la reproducción humana, elemento clave para la continuidad de la especie, ha sido rebajada a nivel de variable? ¿Cómo puede ser considerada la población un objeto al servicio de fines que unos pocos se atreven a fijar en nombre de toda la especie? Para responder a estas preguntas pueden ser interesantes las palabras de Suzanne Schultz (1996): «La política demográfica, de hecho, solo puede presentarse como un hecho de interés común convirtiendo la población como biomasa humana en objeto de planificación social separado del sujeto que la manipula, la humanidad. Así se rehuye la imagen de una evidente política de selección. (Según Foucault, la construcción de la «población» como biomasa existente más allá de los individuos y la sociedad, es una fase decisiva en las técnicas desarrolladas por el poder a finales del siglo XVII, que ya no comprendía solo el derecho del soberano sobre la vida de sus súbditos, sino que se extendía a una optimización de la vida a través de intervenciones demográficas)». Para Schultz, también entre los marxistas se considera la esfera de la sociedad como un sistema de producción desarrollado históricamente, mientras que las actividades atribuidas a la mujer en la distribución sexual del trabajo, se juzgan ahistóricas y naturales:

«Niegan la historicidad de construcciones como la fertilidad, la feminidad, la sexualidad y la organización social de la educación y el cuidado de los hijos, al considerar factible influir en ellas con objetivos demográficos y programas tecnocráticos para el control de la natalidad». Es decir que la transformación del «comportamiento procreativo» no la consideran dependiente de procesos sociales sino como una magnitud controlable desde un poder central tecnocrático. Pero aunque estos planteamientos lo ignoren, las mujeres tenemos experiencia en tanto que seres sociales de manera que nuestro comportamiento reproductivo siempre se adapta a las condiciones socioeconómicas y ecológicas. Si este hecho se tuviera en cuenta sería más fácil explicar por qué las mujeres del Irán, Siria, Jordania o Bangladesh han rebajado su tasa de fertilidad, en contra de la ideología dominante en su cultura, y sin la intervención de políticas antinatalistas. Y también explicaría por qué el estudio de IIASA que cita el periodista de *La Vanguardia* no puede interpretar este comportamiento. Las relaciones entre sexos permanecen invisibles.

¿Cómo es posible que en lugar de adaptar la producción a las necesidades básicas de la especie humana, se quiera adaptar el crecimiento de la especie a la producción y al mercado? Otra cosa sería preocuparse por adaptar el crecimiento de la especie humana a los recursos naturales existentes, como hacen todas las especies vivas. Este objetivo se halla en la base de las teorías ecologistas sobre la sostenibilidad que aportan la única esperanza que tenemos como especie de sobrevivir, y con nosotros toda la vida en la Tierra. Pero no se puede establecer una relación directa entre población y recursos sin tener en cuenta que entre ambos existe una mediación llamada mercado que controla la forma de acceso, la utilización y el reparto de estos recursos, y que implica unas determinadas relaciones de producción. ¿Cómo pueden, quienes se autodefinen ecosocialistas, caer en una trampa como esta? Si hablamos desde la ecología y el socialismo, confundir los recursos naturales con el mercado, ignorando las relaciones sociales entre población y recursos, es un error intolerable. Remitiéndonos a Marx, ¿acaso, por fin, la relación entre la «mercancía lana» y la «mercancía dinero» es una relación solo y únicamente entre mercancías? El principal problema de la presión humana sobre los recursos del planeta no es que la población aumente más rápidamente que la producción o que la capacidad de reno-

vación de los recursos consumidos, sino que la forma tan desigual e irracional con que el mercado estimula la producción y reparte los recursos nos está llevando globalmente al agotamiento de los recursos no renovables y a superar la capacidad de regeneración de los renovables, creando con ello graves problemas de pobreza, miseria y destrucción ecológica en los pueblos de ecosistema y comprometiendo la continuidad de la especie humana (y de otras especies).

¿Por qué es posible pactar sobre la reproducción humana? Porque esta pasa por los cuerpos de las mujeres. Y los cuerpos de las mujeres no tienen valor social, se consideran parte de la Naturaleza que existe para ser manipulada (violada, decía Bacon) por el hombre. Si bien la capacidad reproductiva de la especie humana es compartida por hombres y mujeres, el proceso físico de concepción, embarazo, parto y lactancia sucede en nuestros cuerpos, cambia nuestras vidas, es una experiencia solo de las mujeres. Por tanto, somos las mujeres quienes tenemos la última palabra en el hecho humano de la reproducción. El movimiento feminista en el Estado español en los años ochenta acuñó un eslógan contundente: «NOSOTRAS PARIMOS, NOSOTRAS DECIDIMOS». Aunque la reivindicación concreta era el derecho a abortar; lo que se estaba dirimiendo en aquel contexto era el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos. Ningún hombre debiera, pues, arrogarse el derecho a tomar decisiones sobre la reproducción humana, y mucho menos sentirse legitimado para imponer políticas de población. Acordar, programar y ejecutar políticas de población es negarnos a las mujeres la capacidad para decidir sobre nuestros propios cuerpos. Esta situación en que los hombres se apropian de la reproducción humana se da en todas las culturas, incluida la occidental, en ocasiones la medida que la capacidad reproductiva de las mujeres ha sido sojuzgada y convertida en una variable controlable según los intereses políticos y económicos imperantes en cada sociedad y en cada conyuntura histórica.

Con el acceso a los métodos anticonceptivos, las mujeres occidentales hemos podido deslindar el disfrute de nuestra sexualidad de la reproducción y ello ha sido algo satisfactorio para nosotras. Hemos podido sustraernos a la imposición de la maternidad y ejercerla solamente cuando la hemos deseado —y hemos dispuesto de condiciones económicas para ello—. Hemos podido ser mujeres sin necesidad de ser madres. La

¿En manos de quién está la reproducción humana?

maternidad ha dejado de ser para nosotras una maldición impuesta. Tal experiencia nos ha llevado a considerar el acceso a los métodos anticonceptivos como una necesidad y por tanto como un derecho de las mujeres de todo el mundo, máxime cuando el aborto en malas condiciones sanitarias provoca cada año millones de muertes entre las mujeres. En cambio, las occidentales no hemos podido resolver aún la contradicción entre el deseo de ser madres y el deseo de consolidar un trabajo o una profesión. Una consecuencia de ello es que no tenemos hijos, o tenemos muy pocos, y nos vemos abocadas a una doble jornada de trabajo (laboral y doméstico) que nos deja exhaustas y nos impide disfrutar de las opciones que hemos tomado. La libertad de decidir sobre nuestra capacidad reproductiva, es pues, muy limitada.

Afirmábamos el derecho de las mujeres de todo el mundo a los métodos anticonceptivos. Pero los derechos reproductivos son una cosa y la aplicación de políticas de población, otra cosa muy diferente. Cuando los organismos internacionales aplican políticas de control de población con un objetivo previo que ellos han decidido, en este caso, detener el crecimiento, el derecho de las mujeres a utilizar métodos anticonceptivos se convierte en una imposición que en ocasiones coincide pero las más de las veces va en contra de su voluntad, y otras tantas en contra de su salud al serles impuestas mediante coacción o chantaje (Quinetrina, Norplant...). Hay que reconocer que la Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo consiguió aquiescencia para imponer políticas antinatalistas a las mujeres del Sur, presentando estas políticas como reconocimiento de sus derechos reproductivos (Bosch 1995). Algunas voces se alzaron para denunciarlo: «Las políticas de población construyen ideologías racistas y eugenésicas a través del proceso de selección de los que tienen el derecho a sobrevivir y despreciando a los demás, por ejemplo los indígenas, los disminuidos y los negros. Tienen el objetivo de eliminar a los pobres en lugar de eliminar la pobreza» (Ubining, 1993).

El problema de fondo que explica por qué los hombres se atreven a tomar las decisiones que afectan a nuestra capacidad reproductiva, lo expone Victoria Sau (1995) de forma contundente al afirmar que *la maternidad no existe a nivel simbólico*. Aunque las mujeres tengamos hijos, dice, no ejercemos la

maternidad de por sí, sino por cuenta de los hombres; las mujeres solo somos portadoras de los hijos de los hombres. La maternidad quedó secuestrada en el espacio de lo biofisiológico, de lo animal, por tanto solo tiene existencia biológica, no es un hecho cultural ni crea orden propio. «La maternidad biológica (concepción, embarazo y parto) así como por extensión la crianza, no puede ser considerada «maternidad» desde una perspectiva de rango humano si no va seguida de su correspondiente trascendencia en lo económico, político y social». El ser humano es cultural en tanto en cuanto hace operativos y usa a discreción los fenómenos naturales, traduciéndolos además a un orden simbólico. La trayectoria de lo animal a lo cultural la realizó en solitario el hombre a través de la Paternidad, creando un orden simbólico propio, el orden patriarcal (absolutista, teocrático, monárquico, caudillista, androcéntrico), que se impuso como único e universal. La Maternidad —dice Sau— quedó situada del lado de la Naturaleza, en la medida que se le impidió continuar su lógica trayectoria de lo individual a lo colectivo, de lo particular a lo general, de lo privado a lo público, de lo inmediato a lo mediato. De esta manera, debido a la imposibilidad de acceder al orden de la representación, la Maternidad quedó secuestrada en el recinto de la Naturaleza, perpetuándose con ello la escisión entre Naturaleza y Cultura. En una línea parecida, las pensadoras italianas de la diferencia sexual han descrito muy bien como el no ser de las mujeres, nuestra invisibilidad en tanto que sujeto humano, el estar subsumidas en un genérico humano universal que es masculino, se debe a la falta de un orden simbólico propio que ellas llaman *el orden simbólico de la madre* (Muraro 1994).

Es porque somos prisioneras de un orden que no es el nuestro que los hombres pueden tomar decisiones sobre nuestros cuerpos. La inexistencia de orden simbólico propio, explica las dificultades que tenemos las mujeres para decidir sobre nuestro cuerpo y sobre nuestra capacidad reproductiva. Decir que en la sociedad patriarcal las mujeres estamos fuera del poder no significa solamente señalar la ausencia de las mujeres de los organismos de poder estatales e internacionales donde se toman las decisiones que afectan a toda la especie humana. Significa que el poder es masculino porque ha sido la concepción patriarcal del mundo la que ha configurado este poder a su imagen y semejanza. En esta configuración del poder mas-

culino patriarcal se han establecido unas determinadas escalas de valores que priman lo público sobre lo privado, la mente sobre el cuerpo. La corporalidad, la sexualidad y la fertilidad son, pues, consideradas Naturaleza, pasando a formar parte de lo que no tiene expresión simbólica ni entidad social. Como la maternidad se halla secuestrada por el orden patriarcal, los hombres se sienten legitimados para hacer con ella lo que les plazca, según sean los intereses coyunturales: pueden pactar sobre ella, pueden estimularla o pueden frenarla.

La relación establecida por el hombre con la Naturaleza ha sido y es una relación de dominio. Todo lo que existe en el planeta, le pertenece. Puede utilizar, incidir y modificar los sistemas a su antojo mientras disponga de tecnologías adecuadas para ello. Su capacidad para fabricar, para crear algo nuevo a partir de lo existente ha llegado a ser tan fundamental para el hombre que la ha situado en un orden superior a la misma vida. Es más importante y tiene más valor un medicamento que la planta que nos ofrece el principio que lo sustenta. Esta escala de valores lleva a primar la fabricación sobre la vida. Ello explica también que la maternidad como capacidad de dar vida, sea considerada exclusivamente como una capacidad productiva, y en tanto que producción puede y debe ser planificada: corporalidad, sexualidad y fertilidad son magnitudes optimizables tecnocráticamente. Si la Maternidad existiera, las rescataría para llevarlas al ámbito de lo humano, allí donde la vida recupera su valor.

La maternidad existirá en la medida que las mujeres lleguemos a construir un orden simbólico propio. En este camino, y mientras no exista un simbólico femenino que libere nuestros cuerpos de la colonización masculina, nuestra capacidad reproductiva seguirá siendo una variable que permite a los hombres pactar entre ellos, al margen de su ideología. En esta situación, incluso los hombres que tienen conciencia de especie y de clase, se hacen cómplices de un sistema económico, injusto y depredador, basado en el orden patriarcal. Cuánto mejor no sería partir de un gran respeto a la vida y a la capacidad de darla. Cuánto mejor no sería asimilar el concepto población al concepto de especie humana. Cuánto mejor no sería reconocer —y no temer— la capacidad de las mujeres de

«traer al mundo el mundo» (Muraro, 1990), y ponernos a trabajar, mujeres y hombres, para repartir equitativa y sosteniblemente los limitados recursos del planeta.

BIBLIOGRAFÍA

- BERHAN TEWOLDE, G.E., «Questions ambientales vistes des d'una perspectiva del Sud» en *El medi ambient vist pel Sud*, Beta Editorial, 1995.
- BOSCH, Anna, «¿Controlar la población o repartir la riqueza? Reflexiones sobre la Conferencia de El Cairo», en *África América Latina*, Sodepaz nº 16, 2º/95.
- DOMINGO I VALLS, Andreu, «Miratges demogràfics a la Mediterrànea». Conferencia presentada en el ciclo de conferencias sobre el Mediterráneo. Club Empúries. Diciembre 1994.
- FOUCAULT, M., «Leben machen und sterben lassen. Die Geburt des Rassismus» en *Bio-Macht, Diss-Texte*, nº 25, Duisburg, 1992.
- MOSTERIN, J., «El pecado de Wojtyła» *El País*, 26-5-1994.
- MURARO, Luisa *El orden simbólico de la madre*, Cuadernos Inacabados, horas y HORAS, Madrid 1994. Traducción de Beatriz Albertini — *Traer al mundo el mundo*, Icaria, Barcelona, 1996.
- NN.UU. Documento preparatorio de la Conferencia de El Cairo, 1994.
- SARKAR, S., «Una síntesis ecosocialista del problema de la sobrepoblación» en *Ecología Política*, nº 6, 1990.
- SAU, Victoria, *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*, Icaria, Barcelona 1995.
- SCHULTZ, S., «El discreto encanto de la política demográfica» en *Mientrastanto*, nº 65, 1996.
- STROBL, I., *Fruito extirpado*, Ed. Virus, Barcelona 1994.
- TOZY, Mohamed, «Especicismo en el Sur», *El País*, 23-11-1995
- UBINING *et al.*, *Declaración de las perspectivas populares sobre el simposium de «Población»*, 12-15 diciembre 1993, Comilla, Bangla Desh. Traducción de Beth Maluquez.
- YAAKOUBD, Abdel-llah, «La transition démographique au Maghreb: faits et facteurs», ponencia presentada al Seminario Internacional sobre Transición demográfica y Desarrollo en el Magreb, INSEA 1995.